

ROMAN VIAL

COSTUMBRES

CHILENAS

TOMO SEGUNDO



BIBLIOGRAFIA

DE CHILE

VALPARAISO

IMP. DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO

DE R. S. TORNERO.—LAS HERAS, 29 C.

1892



bnch, chb

Ch 868.08

V 599c

1889-1892

AAC3635

DESDE MI ESCONDITE (*)

“Hai animales que valen mas que hombres, y hombres que deberian darse la enhorabuena si no fueran mas que animales.”—LARRA.

Esta gran verdad leia en un artículo de *Figaro* acerca de la *Caza*, precisamente cuando los agentes de la autoridad, sin tomar en cuenta que nos hallábamos en la época de la veda, nos daban caza a los de la oposición y nosotros andábamos enramados como los pájaros por las espesuras para ponernos fuera del alcance de sus tiros.

Debo declarar, sin embargo, a fé de hombre honrado y sincero (si es que todavía vale algo esta vulgaridad), que yo no abrigaba la menor desconfianza, aunque ya sabia que me tenian

(*) Estándonos prohibido a los opositores hablar y escribir pública y privadamente, deelaro y conste, por si me pillan y cojen estos manuscritos, que voi a emborronar papel con el único y mui laudable propósito de que no se me olvide lo poco que sé y que tanto me ha costado aprender.

hechos los puntos y que otros de mis amigos y correligionarios políticos, menos felices que yo a pesar de ser mas desconfiados, habian caido ya, o mas bien, los habian cazado vivitos y los tenian en la pajarera.

Mis amigos, y sobre todo mi familia, no participaban de mi confianza en los enemigos, y de aquí que todos los dias, a cada hora, recibiera una embajada para que huyese sin perdida de tiempo, porque iba tomando proporciones alarmantes la caceria de hombres, o mejor de opositores, pues es sabido que los opositores hemos dejado de ser hombres.

Vista, pues, mi situacion de opositor, que es peor que la del pájaro, porque este tiene siquiera época determinada para ser cazado, al fin hube de acceder a las instancias de mis buenos consejeros y me decidí a dar el valido contra mi confianza en la legalidad, que tambien parece haber volado, y en el sagrado de mi hogar, que temo mucho vuele al primer alboroto.

Pero ¡no podrá suceder que al salir me cacen al vuelo, como a las perdices, en cuyo caso mis amigos y mis hijos habrán hecho el oficio de los perros cuando levantan la pieza?

Afortunadamente no sucedió así y llegué sin novedad a una de las casas mas próximas de los cerros, porque dí el valido como quien dice al matorral mas inmediato. No bien me había instalado (en cuanto es dable instalarse a un opositor, como no sea en la cárcel), cuando llegaron nuevos rumores de alarma: los cazadores me atisbaban; era preciso hacerles perder el rastro.

—¡Imposible! esclamé yo. Y vamos a ver ¡para qué me quieren! ¡Qué delito he cometido! Al contrario, yo soy mas bien quien debia perseguirlos a ellos, porque me han dejado sin trabajo, sin hogar propio y sin tranquilidad.

—Nó, nó; están furiosos con lo que pasa, y hasta con lo que no pasa, y se desquitan haciendo nuevas prisiones, dicen que por via de precaucion. Ya no perdonan ni a los sacerdotes.

—¡Qué barbaridad!... De modo que a un opositor, por el hecho solo de serlo, no le es dado escaparse ni vestido de fraile. ¡Y yo que pensaba embarcarme disfrazado de clérigo!

—¿Con qué objeto?

—Con el de irme a bordo.

—A dar que hacer.

—Es verdad, porque yo no sirvo ni para taco de cañon, que ya no se usa.

En esto llega otro alarmista, quien al verme esclama:

—¡Escóndase!

—¡En dónde! pregunto yo dirigiéndome atribulado en busca del último rincon de la casa.

—Nó, no es eso; que salga al instante de aquí...

—¡Pero cómo me embarco!...

—No es eso tampoco...

—¡Y qué es entonces?

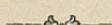
—Que mude de casa...

—¡Otra vez!

—Que se vaya lejos, lo mas lejos posible...

—¡Sea por el amor de Dios! ¡Adóndo voi yo que sea bien lejos!... ¡Les parece bien la China?

—¡Qué china!... Yo no le conozco ninguna.



— Vamos allá, repuse al fin cojiendo mi sombrero y emprendiendo el segundo volido a la medianía del cerro, a la casa de

un noble y jeneroso amigo extranjero y que por lo mismo de ser extranjero es opositor.

Allí me creía seguro por muchas razones, y sobre todo me hallaba muy cómodo y bien tratado, cuando recibo como un escopetazo la nueva de que habían descubierto mi paradero.

—¡Qué paradero, le respondo yo, si no páro ya en ninguna parte?

—Y es preciso salir ahora mismo. El cuartel de policía ya lo tienen lleno.

—¡De qué?

—¡De qué ha de ser, de gente.

—¡Cuándo no lo ha estado?

—Pero no de opositores como ahora.

—¡Ah! me alegra... ¡No decian que no había oposición? Para que vean.

—Casi no han dejado jóven...

—Entonces no hai cuidado por mí, porque como yo no soy jóven...

—No se escapa nadie: basta con que lo oigan hablar.

—Si es por eso, hace tiempo que yo no hablo.

—De todos modos, es suficiente con que se le meta en la cabeza a Pio Fierro.

—¡Bah! ¡Eso sí que no lo creo!

—A todos los tiene en lista.

—Le levantarán... ¡Cómo ha de ser capaz!... ¡Y por qué, vamos a ver?

—Nada mas que porque se le antoja, por pura maldad.

—¡Así es todo lo que hablan!... cuando nadie ignora que es el gobierno el que nos está encerrando por vía de precaución.

—Todes saben tambien que Pio Fierro manda mas que el go-bierno.

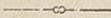
—Así será; pero yo apostaria a que si es efectivo que Pio los mete presos no es sino para darse despues el placer de volverlos a sacar, como lo ha hecho ya con algunos que, conociendo su buen corazon, no necesitaron de mucho para ablandárselo.

—Lo que es a usted no lo saca nadie, y si lo pillan se lo llevan a Santiago.

—Dios mio! ¡A Santiago con estos calores!



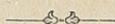
Del salto que di esta vez no paré hasta lo mas encumbrado de la ciudad, a la casa de otro caballero extranjero mas opositor que yo, en donde, a Dios gracias, he permanecido como en mi propia morada, mejor aun, porque aquí no temo a nadie, ni al go-bierno ni a Pio, lo veo todo y nadie me ve a mí. Me lo paso a la sombra de un hermoso emparrado que, como una persiana, sin privarme de la vista me cubre contra las miradas indiscretas con sus verdes hojas y sus ya dorados racimos, que yo estoi de-siendo ver maduros con la misma impaciencia que espero ma-dure la revolucion. Desgraciadamente ésta tiene que combatir al ejército, como en las viñas hai que atacar al *oidium tuckery*, peste que hace tanto daño a la vid como el ejército a la li-bertad.



Decia, pues, que estoi verdaderamente enramado y fuera del alcance de los cazadores. Han cesado hasta las alarmas, y pa-rece que la autoridad jingrata! se ha olvidado completamente de mí, si es que alguna vez me ha tenido presente. Es verdad

tambien que, cansado de andar a salto de mata o, como vulgarmente se dice, de arriba para abajo,—aunque lo efectivo es que yo he andado de abajo para arriba,—he hecho el firme propósito de no moverme mas. ¡Adónde iria tampoco? Porque ya no me quedan mas refujios que la Quebrada Verde o la Laguna, y es sabido que de por allá traen amarrados a los ciudadanos que se toman la libertad—¡para libertades estamos!—de ir a veranear por esos campos. Y yo me digo: si a mí tambien han de amarrarme, al menos será mucho mas corta la tirada, para ellos y para mí, desde el lugar en donde hoi me hallo a sus órdenes y para servirles. Tengan, pues, la seguridad de que no he de salir de aquí a fin de ahorrarles camino y estar mas a la mano para lo que pueda serles útil.

Por estas y otras razones yo creo, pues, que no subiré mas, y si he de volver a hacerlo será para abajo, que en eso está la gracia, en subir para abajo, pues ya estamos cansados de ver a las jentes *subir para arriba*. Está ademas en la lójica de los hechos, o en la lei natural de la gravitacion,—suponiendo que esta lei no haya desaparecido tambien junto con las demas,—que nada suba ya y todo baje, desde el gobierno, mucho mas tratándose de *cambios*, aunque sea de domicilio y aun en el caso nada remoto de que a uno lo manden *cambiar* a la cárcel.



Bien mirado, en parte ninguna podia yo estar mas seguro que allí, aunque para los opositores no hai seguridad ni en la cárcel. Ya hemos visto cómo, despues de haber retratado en grupos a los que habia guardados en la penitenciaría, y no bien salieron los retratos a la circulacion, se dió orden de prisión

contra ellos, es decir, los mandaron recojer, como habian recogido los orijinales, por via de precaucion. Y es preciso convenir tambien en que el gobierno no dejaba de tener razon. ¡Cómo estando preso un individuo puede andar en libertad su retrato? En este caso los retratos son mui peligrosos al órden público, y sobre todo es altamente subversivo en época de revolucion retratarse en grupos de mas de cuatro personas.

Por esto yo prefiero a la seguridad de la cárcel la de la casa en donde me hallo y sobre todo las comodidades y las cariñosas atenciones que me rodean y que no tienen comparacion por supuesto con la casa y el cariño del gobierno.

Es verdad que aquí tengo tambien, sin duda para que nada me falte, mi prision y mis carceleras. Todo es sonar la campanilla de la puerta de calle, y me encierran, como lo hace el gobierno, por via de precaucion. Así es que apenas se siente rumor de visita... ¡al cuarto!... Afortunadamente hasta aquí no se ha presentado ninguna persona que pudiera ser considerada siquiera como sospechosa, con excepcion de un gobiernista que cayó un dia como llovido del cielo—¡tan raros son!—pero que de seguro no debia venir de allí el anjelito, porque contó tanta mentira,—como que a ellos no los ponen presos por embusteros ni por nada,—que yo al oirlo desde mi encierro no podia con tenerme y estuve varias veces por írmelo encima, con grave riesgo de perder el resto de libertad que me queda y que, por fortuna, es todo lo que yo puedo perder, junto con la esperanza y la paciencia.

Y aquí tienen ustedes un caso en que es innegable la ventaja de no poseer bienes de fortuna. ¡Bien haya los pobres que no tenemos nada que pueda confiscarnos el gobierno, excepto nuestros individuos y nuestra palabra, que por supuesto no lo saca-

rán a él de apuros! En cambio él nos va a sacar a nosotros, porque ha hecho un arreglo o desarreglo con los bancos, gracias al cual ya no correremos el peligro de morirnos de hambre, porque vendrá mui luego la abundancia... de papel. Así es que en último caso y yéndonos mui mal, comeremos papel.



—¡Es mucha la prevision del gobierno! No ha olvidado ni las armas escondidas. Y aquí voi a referirles lo que me pasó un dia en que, despues de oir un campanillazo de la puerta,—que ya es bastante para darme susto, como que suelo alarmarme hasta de los que oigo al almuerzo o la comida,—sentí ruido de caballos, espuelas, sables, voces y otras sonajeras de actualidad. Se trataba de registrar la casa para ver si había armas escondidas.

—¡Al cuarto! me gritaron.

—Nó, dije yo para mí, porque en el cuarto me descubren y me consideran de seguro como arma escondida, aunque, escondida o sin esconder, no sirva para maldita la cosa.

Medio aturdido pasaba por el salon sin saber adónde dirijirme, cuando ví sentada al piano y estudiando a una de las niñas, ocurriéndoseme la feliz idea de ampararme de ella como del Angel de la Guarda.

—No se mueva, le dije, y vamos a ver esa leccion mientras rejistran la casa.

La pobre niña, aunque mui sobresaltada,—y no era para menos,—comprendió pronto la estratagemá y continuó tocando sus ejercicios, mientras yo se los dirijia con la espalda vuelta a la

puerta, como el conde de Almaviva en el *Barbero*, si bien es verdad que mi situación era para hacer más bien el conde de Almamuerta.

Momentos después sentíamos los pasos del oficial y los soldados que entraban en busca de armas como si la casa fuese cuartel.

—Ese es un *fortísimo*, señorita; más fuerte... más todavía.

Y ella tocaba a todas sus fuerzas mientras los militares pasaban por la puerta del salón y yo me agachaba y encojía sobre el papel de música.

—Pero qué tiene?... Yo creo que usted está tocando con miedo... ahí no hai trémulos...

—¿Se han ido? preguntó ella temblando.

—Los trémulos?

—Nó, los militares.

—Creo que sí.

Y mientras los soldados con su oficial daban un paseo por las piezas más bien por fórmula o curiosidad que por otra cosa, pues no habían visto nada de sospechoso ni de revolucionario, como no lo fuese el maestro de música, nosotros continuamos también en nuestra ocupación, como los soldados, por pura fórmula.

—Veamos ahora la marcha, le dije aludiendo a una muy bonita que ya le había oido varias veces.

Luego encontró la pieza y se puso a tocarla muy bien; pero yo, profesor demasiado exigente, comencé por pedirle más exactitud en el compás, más viveza, más marcialidad.

—Contemos: uno, dos, tres, cuatro... Más vivo aun; a dos tiempos: uno, dos; uno, dos...

En esos momentos los soldados regresaban de su excursión, y

al pasar por la puerta tomaban instintivamente el paso al son de la marcha, cuyo tiempo yo tambien seguia marcando con la mano y repitiendo: uno, dos; uno, dos.

Ya iban a salir a la calle los soldados y yo me consideraba libre de caer en sus manos y de ir a parar a la policia como rifle viejo, cuando en mal hora se le ocurre al loro de la casa llamar al jardinero:

—¡Castro!... ¡Castrito!... comenzó a gritar el condenado.

—¡Castrito! repitió el oficial alarmado y dando frente a retaguardia seguido de los soldados. ¡A ver dónde está ese Castrito?

—Es el loro, señor...

—¡Cómo el loro!

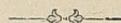
—Castrito es el jardinero...

—¡Ah!... Con que está de jardinero... ¡Y tanto como decian que se hallaba en la escuadra!...

—Ese es otro Castrito. El de aquí es éste...

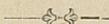
—Para servirle, dijo a ese tiempo el jardinero mui asustado creyendo que iban a llevárselo junto con el loro.

—Vámonos, dijo al fin el oficial a sus soldados... ¡Hase visto cosa igual! Hasta los loros quieren burlarse de nosotros... ¡Y se ha puesto a silbar el badulaque!... ¡Agradezca a que es extranjero!



En cuanto a los servicios públicos y a las libertades idem andan por acá, como es consiguiente, a mayor *altura* que por allá abajo. En primer lugar estamos libres de militares, de policia, de espías y de Pios, lo cual es una garantia de orden y seguridad para todos. Cada uno hace y hasta habla lo que quiere, que es

cuanto puede decirse en una época en que no se puede decir nada. Yo mismo, condenado al silencio, como ustedes lo saben, estoy ahora ¡oh contraste! enseñando a hablar a dos apreciables jóvenes extranjeros recién llegados al país y que no saben castellano, si bien ya saben ser opositores. Por supuesto que he comenzado a enseñarles primero que nada *lo que no puede decirse*, por vía de precaución, para su seguridad individual, no obstante su calidad de extranjeros, que tanto le ha servido al loro y que bien puede no aprovecharles a ellos.



Por estas alturas, más sanas por lo mismo que se aproximan al cielo, no se viola la correspondencia epistolar ni ninguna otra cosa, y es de ver a las jentes a toda hora por faldas y quebradas dando libre curso a sus cartas sin que nadie se las intercepte.

Por aquí, en fin, se puede hasta hablar del gobierno sin que le tapen la boca o se lo lleven preso, que es la peor manera de interceptar la palabra. Los mismos burros andan sueltos a todas horas y permitiéndose—¡felices ellos!—toda clase de libertades, empezando por la de hablar, pues no cesan de dar rebuznos, sin que a nadie se le ocurra interceptárselos y mucho menos llevárselos presos ni por vía de precaución. Tan cierto es lo que digo, que el día de la promulgación del famoso bando en que el ejecutivo, sin duda para poder ejecutarnos mejor, asumía los tres poderes, no cesaban de dar quejumbrosos rebuznos todos los pollinos del barrio como protestando del inaudito atentado.



Tal era al menos la ilusion que yo me habia formado de esos animales, porque en épocas de tirania andamos viendo en todo reflejada la situacion,—la opresion o la libertad,—hasta que una noche, al ver que a un sonoro rebuzno sacaban sus relojes cuantos a la sazon nos hallábamos reunidos, pregunté por qué consultaban la hora todos juntos, y se me contestó con mucha formalidad que cuando no se tiraba, como ahora sucede, el cañonazo de las nueve, y muchas veces aun tirándolo, se guiaban por la hora del burro, que es la mas puntual. Observe usted, se me agregó, y verá cómo canta las horas, las medias y los calcetines, o sean los cuartos, como el reloj de los Padres.

—Lo que yo he observado, repuse, es que los burros cantan cada cinco minutos, y esto prueba por lo menos su grande afición a la música.

—¡A la música no mas! interrumpió otro de los circunstantes.

—¡Sabe Dios, esclamó filosóficamente un tercero, cuánto no sabrá y qué no nos enseñaría el burro, aun a los que tenemos la pretension de no serlo, si él supiera hacerse comprender!

—Desde luego nos enseñaría a sufrir, agregué yo, porque ¡hai un ser mas resignado con su suerte?

—Sí, el hombre, repuso vivamente otro, sobre todo como pueblo. Es cierto que al burro se le apalea sin compasion; pero eso lo hace su dueño o su amo, mientras el pueblo, siendo el verdadero amo, es el apa'eado, haciendo una mala comparacion, por el burro.

— — —

En esos momentos se sintió un rebuzno y luego otro.

—¡Qué hora! preguntó uno.

—Nó, repuso otro, esos son suspiros de amor. Se conoce en la

tierna espresion del sentimiento. Debe ser algun burro Tenorio.

—Hasta en eso goza el asno mas ampliamente de sus derechos individuales.

—Ese jumento y su querida pueden siquiera andar libres, agregué yo resollando por la herida, y nadie los incomodará mientras no invadan los planes de la ciudad o atropellen a alguien, en cuyo caso se les lleva a la policia de donde salen pagando una módica multa; mientras que a nosotros, aun pillándonos en los cerros y sin que hayamos atropellado a nadie, siendo por el contrario los atropellados, nos llevan presos y no nos sueltan ni mediante una multa, como no la paguemos bien gruesa y sin exijir acuse de recibo.



Nuevos rebuznos: uno, dos, tres, cuatro, qué sé yo cuántos!

—¡Es una *musica*! preguntó uno de los jóvenes extranjeros recien llegados.

—Sí, la retreta. Debe ser el Orfeon del barrio organizado por el nuevo alcalde.

—Es la hora en que parecen reunirse a charlar y sin duda se han acalorado en alguna discusion.

—Sobre política, probablemente.

—¡Cómo! esclamé yo. ¡Tambien gozan del derecho de reunion? ¡No reza con ellos la prohibicion de los grupos de mas de cuatro personas?

—Es que no son personas y por lo mismo disfrutan de mas libertad.

— ¡Es decir que un ser irracional...

—¡Cómo irracional! ¡Qué ciudadano practica como él los fun-

damentales principios que todavia son una ilusion y hasta una irrision en la república: *Libertad, Igualdad, Fraternidad?* Avergoncémonos ante el burro, republicano y filósofo reconocido, a quien no le falta mas que hablar y saber leer...

—Pero está aprendiendo, agregó otro.

Y como para probarlo un burro se puso a rebuznar las vocales

—A!... e!... i!... o!... u!...

—Bien ha dicho Larra, observé yo: "Hai animales que valen mas que hombres, y hombres que deberian darse la enhorabuena si no fueran mas que animales."

—Conclusion, agregó otro, que en lugar de los hombres del poder, o de los poderes, que hoy oprimen y degradan a Chile, nos valdria mas hallarnos gobernados por la *Burrocracia*.

ÍNDICE

	Página
El Dieiznueve de Setiembre.....	7
Un Hurguete y el Memorandum del Cronista.....	79
Un convidado convida a ciento	87
La procesion de San Pedro.....	115
En las estaciones.....	143
¡Qué tiempos, qué tiempos aquellos!.....	161
Las cocineras.....	175
La muerte.....	187
Los banquetes.....	193
Desde mi escondite.....	207
Un paseo campestre.....	221
Aló! aló! juguete cómico en un acto.....	255
